



LOVE, AMOUR, AMOR, MILOVAT, LIEBE, UPENDO

Me gustaría hacer realidad el mensaje de fraternidad que profesamos por el hecho de ser cristianos, hijos del mismo Padre. Dios manifiesta su bondad y su misericordia a todas las personas, sin esas distinciones creadas por nosotros. Ese mensaje de fraternidad es el que hemos querido compartir los misioneros acercándonos a las gentes de otra raza, cultura, nación, estatus social... Eugenio, Padre Blanco

La ley, sí, pero ¿qué ley?
No la del puro que observa,
desde una barrera de cumplimientos,
a los equivocados, los perdidos,
los transgresores.
No la de quien agarra la piedra
y lapida al culpable
en nombre de un Dios cruel.
No la de la virtud jactanciosa,
o el discurso hipócrita.
No la de la brizna en el ojo ajeno,
ni la del ego desmesurado.
No la que esclaviza y no libera.

¿La que se cumple por miedo? ¡No!

La del amor. Solo esa.

Que se conmueve, arde,
celebra y lucha;
que tiende los brazos.
que entiende las caídas,
que aspira a todo
desde el saberse poco.
La de la entraña estremecida
ante el misterio del prójimo.
La del sollozo compasivo
que no renuncia a la esperanza.
La que sostiene la vida
sin conformarse con menos.
La de la risa sincera.
La de vaciarse hasta la última gota.
Y vivir. Y morir. Y resucitar.
Esa ley.

José María Rodríguez Olaizola, sj

Así resume Jesús lo esencial: lo primero es “*amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todo tu ser*”; lo segundo es “*amarás a tu prójimo como a ti mismo*”.

Al hablar del amor a Dios, Jesús no está pensando en los sentimientos o emociones que pueden brotar de nuestro corazón; tampoco nos está invitando a multiplicar nuestros rezos y oraciones. Amar al Señor, nuestro Dios, con todo el corazón es reconocer a Dios como Fuente última de nuestra existencia, despertar en nosotros una adhesión total a su voluntad, y responder con fe incondicional a su amor universal de Padre de todos.

Por eso añade Jesús un segundo mandamiento. No es posible amar a Dios y vivir de espaldas a sus hijos e hijas. Una religión que predica el amor a Dios y se olvida de los que sufren es una gran mentira. La única postura realmente humana ante cualquier persona que encontramos en nuestro camino es amarla y buscar su bien como quisiéramos para nosotros mismos.

Hace unos años, el pensador francés, Jean Onimus escribía así: “El cristianismo está todavía en sus comienzos; nos lleva trabajando solo dos mil años. La masa es pesada y se necesitarán siglos de maduración antes de que la caridad la haga fermentar”. Los seguidores de Jesús no hemos de olvidar nuestra responsabilidad. El mundo necesita testigos vivos que ayuden a las futuras generaciones a creer en el amor pues no hay un futuro esperanzador para el ser humano si termina por perder la fe en el amor.

¿cómo es tu amor?

¿cómo quieres que sea?

Padre nuestro, Ave Maria y Gloria